

Abel Fernández-Larrea
Shlemiel

Aventuras y desventuras
del señor Mostaza

Abel Fernández-Larrea
Shlemiel
Aventuras y desventuras
del señor Mostaza

Portada Robert M. Mottar, 1958
Publicado por Fra, Šafaříkova 15,
12000 Praha 2, República Checa,
fra@fra.cz, www.fra.cz,
en 2016, como su publicación Nro. 173
en la imprenta Tiskárna VS, Praha
Primera edición

© Éditions Fra, 2016
Text © Abel Fernández-Larrea, 2016
Cover photo © Robert M. Mottar, 1958
Author photo © Abel Fernández-Larrea, 2016
ISBN 978-80-7521-041-8

1 Parafernalia

Todo comenzó el día en que el señor Mustarde recibió un paquete del extranjero.

La cosa ocurrió del siguiente modo: el señor Mustarde estaba alistándose para salir a la clínica cuando, de repente, sonó el timbre de la puerta. Al abrir, vio a un hombre vestido con el uniforme de UPS, con un paquete en la mano.

«¿El señor Jacob Mustarde?», preguntó el hombre de UPS.

El señor Mustarde asintió, y el otro le extendió el paquete y una tablilla electrónica para que estampara su firma.

Al marcharse el cartero, el señor Mustarde se quedó unos instantes junto a la puerta, sosteniendo el paquete. Luego, dejó el paquete sobre la mesa de la sala y subió a lavarse las manos.

Se quitó el anillo, lo colocó cuidadosamente sobre el lavabo y se frotó varias veces las manos con el jabón. Tras esto, dejó que el agua bien caliente le quitara los restos de jabón durante cinco minutos.

Bajó las escaleras, bebió agua de una botella recién abierta y se sentó frente a la mesa de la sala, contemplando la foto familiar colgada en la pared. Se ajustó los anteojos con la punta del índice.

Entonces se decidió, finalmente, a tomar el paquete. Era un sobre de unas nueve pulgadas de largo por cinco de ancho, casi plano. No te-

nía remitente. Apenas el nombre y la dirección del señor Mustarde:

Sr. Jacob Mustarde

613 Columbia St., Brooklyn Heights, Brooklyn
New York, New York

Nada más.

Solo un sello con la foto de un castillo y la inscripción «Praha» en la parte inferior.

«Praha» era la ciudad de Praga, eso lo sabía.

Lo que ignoraba completamente era quién podía enviarle un paquete desde allí.

Su mujer y su hijo se hallaban de vacaciones en el Caribe, y el resto de su familia, la poca que le quedaba, jamás había puesto un pie en Praga y, lo más probable, no lo pondría nunca.

El señor Mustarde movió el paquete de un lado a otro, sopesándolo. Lo agitó junto a su oreja. Se lo acercó a la nariz y lo olió.

Era un paquete normal.

Es decir, no tenía ningún rasgo especial, característico, que lo hiciera diferente de tantos otros paquetes que se envían y se reciben a diario, desde y hacia todas partes del mundo.

En total, el señor Mustarde tardó quince minutos en decidirse a abrir el paquete. Cuando, finalmente, buscó un abrecartas y, con sumo cuidado, despegó la solapa, una ola de aire frío le recorrió la nuca.

Con la punta de los dedos de la mano izquierda tanteó el interior, y extrajo una tarjeta postal con la imagen del mismo castillo que reproducía el sello. Por el dorso, había una breve nota

escrita a mano, en tinta azul, con trazos ágiles y estilizados. La nota decía:

Estimado:

Hoy visité el antiguo cementerio judío de la ciudad, y no pude evitar acordarme de ti. Te envió un recuerdo de este sitio.

Con afecto intemporal,

J.M.

Nada más.

Los trazos tenían algo de femenino y juvenil, aunque el tono era más bien maduro. ¿Quién era esta persona que firmaba con sus iniciales y que con tanta familiaridad se dirigía al señor Mustarde? ¿Por qué se había acordado de él al visitar el antiguo cementerio judío de Praga –lugar, por demás, en el que el señor Mustarde jamás había estado, y del que tenía muy vagas referencias?

Otra vez introdujo los dedos en el sobre, esta vez un tanto más osado. Sacó un envoltorio de nylon, del que a su vez extrajo una pieza redonda de tela azul.

El señor Mustarde reconoció en el trozo de tela la prenda de vestir que tradicionalmente llevan los judíos pegada a la cabeza –nunca había tenido demasiado claro cómo– y que, apelando a una memoria borrosa, recordaba haberla oído nombrar como «kipá» o «yarmulke».

Azul. El color preferido del señor Mustarde.

Aunque esto podía ser una mera coincidencia.

El señor Mustarde volvió a mirar el retrato

familiar. Su mujer y su hijo sonreían, con una sonrisa cómplice.

Quizá se trataba de una broma.

O era una burda equivocación.

Alguien habría puesto mal las señas, o se habría confundido de persona.

El señor Mustarde volvió a mirar el sobre. La dirección era correcta; es decir, era la suya.

Buscó la guía telefónica. Aparte de él, solo había otro Mustarde en la ciudad y, curiosamente, también respondía al nombre de Jacob.

¡Ahí estaba la cosa! ¡La explicación!

El señor Mustarde respiró aliviado. Incluso sonrió. Evidentemente alguien había trocado ambas direcciones, por lo cual él había recibido un paquete destinado al otro Jacob Mustarde.

Tan simple como eso.

Y había perdido veinte y cinco minutos de su vida por una confusión.

Miró la hora y marcó el teléfono de la clínica. Respondió la voz de su asistenta.

«¿Sí?»

«Beth, soy yo. Cancela todas las citas de la mañana».

Hacía tiempo había querido decir algo como eso, pero nunca lo hizo, por no quedar mal con sus pacientes. Ahora, sin embargo, se sentía aliviado. Dedicaría la mañana a devolver el paquete al correo, y quizá tendría tiempo de sobra para una caminata.

Devolvió el trozo de tela a su envoltorio, este al sobre, junto a la tarjeta, y guardó el sobre en su maletín.

Volvió a lavarse las manos, durante cinco minutos, esta vez en el fregadero de la cocina.

De pronto no había tenido ganas de subir las escaleras.

Al llegar al correo, pensó que lo más probable sería que devolvieran el paquete al remitente, en lugar de intentar enviarlo al «otro» Jacob Mustarde, lo que en verdad era una pena –el señor Mustarde estaba convencido de que el remitente del paquete era una chica, que había confundido torpemente ambas direcciones.

Las señas del otro Mustarde lo ubicaban relativamente cerca, en Williamsburg. No era nada llegarse hasta el lugar, de camino a la clínica.

El domicilio del otro Jacob Mustarde estaba en la calle Broadway, cerca de la intersección con Bedford Avenue. Era un edificio viejo, el más viejo de los alrededores, y lucía como si hubiera sobrevivido a varios incendios.

El señor Mustarde atravesó el umbral y se dirigió al ascensor, que, pese a sus expectativas, no era de esos abiertos, enrejados, sino hermético, lo cual le producía cierta aprensión. Sacó un pañuelo del bolsillo y apretó el botón. El ascensor abrió sus puertas. Siguiendo el mismo método, Mustarde pulsó el botón del piso correspondiente. La maquinaria se puso en marcha con un rugido asmático. El señor Mustarde se arrinconó en una esquina. Los latidos de su corazón incrementaron el ritmo y la glotis se le obstruyó por unos instantes.

Pero, ¿qué estaba haciendo? Estaba más que

claro que todo esto era un error. Se había aparecido sin avisar, sin saber si su homónimo se encontraba en casa o estaba en disposición de recibirlo, y sin haber concertado una cita previa. Lo reprochable de su comportamiento lo atormentaba, un tormento materializado en el ruido de las correas que hacían subir el ascensor.

De repente, la máquina se detuvo. El botón que indicaba el número se alumbró y las puertas comenzaron a abrirse. El señor Mustarde volvió a sentir asfixia, pero se hallaba totalmente incapacitado para mover el más mínimo músculo.

Las puertas terminaron de abrirse. En el umbral, una chica joven fumaba y mascaba chicle. Parecía haber estado esperando toda una eternidad.

La chica llevaba el pelo corto, pintado de rojo, unos jeans rotos y una camiseta transparente que parecía hecha de polietileno, bajo la cual se podía ver claramente un brassier negro talla C.

«¿Arriba o abajo?», preguntó –casi escupió– la chica, sin dejar de mascar su chicle.

El señor Mustarde abrió los ojos exageradamente.

«¿Arriba o abajo?», repitió la chica, con un gesto de exasperación.

Como el otro no contestaba, entró al ascensor y pulsó el botón de la planta baja.

Se colocó justo frente a las puertas, de espaldas al señor Mustarde.

El humo de su cigarrillo llenó todo el espacio.

El señor Mustarde tosió y reparó en una pegatina con la señal que prohibía fumar, en la pared lateral del ascensor.

«No debería fumar en este sitio», musitó el señor Mustarde, señalando la pegatina.

La chica volteó la cabeza. Contempló al señor Mustarde de arriba abajo e hizo una mueca, mascando exageradamente su chicle.

El señor Mustarde notó que la chica tenía las encías inflamadas.

Caminó calle abajo.

Necesitaba hacer circular otra vez la sangre en las piernas. Entrar en calor.

El invierno había sido largo. La primavera, insuficiente. Ahora el verano se acercaba con un bochorno salvaje.

Había que derretirse, que perder los moldes.

El señor Mustarde se pasó el pañuelo por la frente y por la nuca. El sol pegaba fuerte. Se quitó los anteojos, empañados, y los frotó con el pañuelo.

Unas yardas delante, caminaba un grupo de *hasidim*, todos forrados de negro, con sus sombreros y sus bucles. ¿No se ahogarían de calor?

Los *hasidim* entraron a una joyería. El señor Mustarde casi los sigue.

Un poco más abajo, en la calle, se topó con un grupo de hampones, todos con sombreros Fedora y trajes de sastre, todos sonrientes, que iban en dirección contraria.

Mustarde volteó ligeramente la cabeza, para mirarlos de reojo.

Los hampones también entraron a la joyería.

El señor Mustarde buscó refugio en el primer negocio que tenía a su izquierda.

De repente, se vio a sí mismo en una armería.

«¿Busca algo en especial?», le preguntó el hombre detrás del mostrador, poniendo un revólver muy brillante sobre el vidrio.

El señor Mustarde retrocedió y casi hace caer una vidriera llena de fusiles de caza.

Salió pitando del lugar.

No era judío. Nunca lo había sido. Ni él ni nadie de su familia, hasta donde sabía. Entonces, ¿por qué alguien habría de regalarle una kipá del antiguo cementerio de Praga? Y, si se trataba de un error, ¿por qué le sucedía a él, precisamente?

Llegó a la clínica pasado el mediodía.

Tenía hambre. Con todo el trajín de la mañana se había olvidado de almorzar.

La señora Weisz lo saludó desde su puesto en la recepción.

«Tiene una cita», dijo. «La señorita Pamela Scarlatti, que viene por una limpieza».

«¿Ya está aquí?», preguntó el señor Mustarde mirando a todas partes del recibidor.

La señora Weisz se puso de pie y se le acercó.

«Me tomé el atrevimiento de hacerla pasar», dijo sacudiéndole la bata. «¿Está usted bien?»

Sintió el aliento de la señora Weisz en la mejilla. Olía a enjuague bucal y crema antiarrugas.

La señora Weisz era aún joven, pero se preocupaba –quizá demasiado– por proteger su piel tan blanca.

El señor Mustarde se apartó. Ella bajó la mirada y volvió a su puesto.

Al entrar a la consulta vio a una chica, de espaldas a la puerta, que jugueteaba con el instrumental. Una chica de pelo corto teñido de rojo y camiseta transparente, como de polietileno. La misma del elevador.

Otra vez la glotis cerrada. La asfixia.

«¿Pamela Scarlatti?», preguntó el señor Mustarde con un hilo de voz.

La chica dio un brinco y se dio la vuelta, ocultando las manos a su espalda.

El señor Mustarde se acercó con pasos lentos, pesados.

«Siéntese, por favor».

Pamela se acostó en el sillón. Su brassier negro talla C sobresalía como dos puntas de iceberg sombrío.

Mustarde se dirigió a la estantería y extrajo un paquete con guantes de goma y un «nasobuco». Luego se lavó las manos. El olor a jabón desinfectante impregnó la habitación.

La chica intentaba acomodarse sobre el sillón. Se agitaba como un pez recién capturado. Mustarde pisó un pedal de la máquina y el sillón se elevó unas pulgadas.

Encendió la lámpara. Pamela entornó los ojos.

«Abra la boca, por favor».

Ella abrió la boca.

Allí estaban otra vez las encías inflamadas.

La lengua, también inflamada, estaba manchada de amarillo.

«Baje la lengua». Mustarde se acomodó los anteojos.

«Hum».

Se volteó y comenzó a revisar el instrumental. Pamela inspiraba y exhalaba de modo exagerado.

«¿Anestesia?»

«¡No!», respondió ella con firmeza.

Mustarde encendió la turbina. La respiración de la chica se hizo más fuerte.

Cuando el ultrasonido rozó el esmalte, Pamela comenzó a gemir.

«¿Le duele?»

«¡No! ¡No! ¡Siga, por favor!»

Los ojos le brillaban.

No eran gemidos de dolor.

El ultrasonido vibraba.

Pamela, con la boca abierta, con las encías inflamadas, gemía cada vez más alto. El señor Mustarde sudaba, inclinado sobre ella, sobre su boca abierta. Ella se dejaba hacer, lo pedía, lo exigía.

El señor Mustarde nunca había visto cosa igual. Algo se le empezó a endurecer bajo el pantalón.

Ella parecía decir: «¡Más! ¡Más! ¡No pare, por favor!»

Los ojos, el brillo, un sol acabado de nacer, la explosión de luz.

Al señor Mustarde el corazón le latía de prisa. Bombeaba la sangre enloquecida.

El ultrasonido iba, una y otra vez, desbastando el esmalte, adentrándose en las encías inflamadas, y a cada golpe correspondía un gemido ensordecedor.

Entonces la señora Weisz abrió la puerta.

El señor Mustarde apagó la turbina y volteó la cabeza. La señora Weisz no dijo nada, apenas lanzó una mirada tímida a Mustarde y a la chica sobre el sillón. Bajó la cabeza y volvió a cerrar la puerta.

Mustarde se acomodó los anteojos con la punta del índice. Volvió a mirar a Pamela.

«Escupa».

La chica escupió, y el chorro de sangre en el escupidero contaminó todas las aguas de la ciudad.